Julio - Septiembre 2006
97
Revista de la Fundación Vida Silvestre Argentina

Vida Silvestre

www.vidasilvestre.org.ar

Precio $ 10 - ISSN 0326-3681

Patagonia

Montañas Macá tobiano Abejorro naranja Rana del Callhuaco
Riqueza natural y cultural Ángel Gallardo

Coleccionable
Flores silvestres rioplatenses





Por ahí, nos salva un carancho

(y pensé que era al revés...)

No imagine una gran historia. Esta no lo es, pero forma parte de lo que pasa todos los días. No salió en primera plana, pero pone el primer plano valores que nos podrían salvar.

Texto y fotos **Claudio Bertonatti**

Oficina de la Fundación Vida Silvestre Argentina, miércoles 25 de octubre, 16:30 hs.

Suena el teléfono. Carolina (Dydzinsky) escucha con el ceño fruncido, preocupada. Trata de contener y me deriva la llamada con una breve introducción sobre el motivo.

Del otro lado del teléfono, Mariana Martínez, una empleada del Laboratorio Roemmers. Se la notaba angustiada. Hacía casi una semana que un carancho vagaba mal trecho por el hermoso parque que tiene la planta en Olivos (Provincia de Buenos Aires). Quería ayudarlo. Todo indicaba que el pichón había dejado el nido sobre una altísima torre para hacer su "vuelo de bautismo". Una ráfaga sorpresiva de viento o una maniobra inexperta le jugaron una mala pasada y quedó mal herido.

Pero no todo fue infortunio para este "volantón". El personal de seguridad del laboratorio se ocupó de dar el parte y, mientras Mariana buscaba ayuda en otras instituciones, le acercaron comida y agua. Alguien recordó que uno de los referentes internos, Alberto Roemmers, era miembro de la Fundación. Lo consultaron y sugirió contactar a Vida Silvestre para explorar una solución. Llegado ese momento, lo primero que pensamos fue derivar el caso al mayor especialista que conocemos







en rescate de fauna: nuestro amigo Gustavo Aprile, quien lidera un Servicio de Asistencia de Animales Silvestres. Pero resultó que estaba... ¡en Córdoba! La realidad es que en Buenos Aires no existe otra organización que se ocupe de resolver estos problemas poco convencionales, así que...

No había muchas opciones

Adriana (Mandirola) me acompañó al depósito de la Fundación. Revolvimos y buscamos lo poco que quedaba de elementos de captura, un par de guantes, un mameluco y restos de lo que alguna vez fue parte de un botiquín para fauna.

Carolina me encargó un remis mientras pensaba que en otros países tenemos colegas con móviles especializados para este tipo de emergencias faunísticas... Llamé a Mariana y coordinamos unas pocas recomendaciones hasta la mañana siguiente.

Jueves 26 de octubre, 7:30 hs.

Suena mi despertador. Desayuno con Lorena. Llevo a Sofía y Tomás a la escuela y regreso apurado. Rodolfo, el remisero, pasaría a buscarme a las nueve. Llegó puntual. Al verme con los “bártulos” miró extrañado, pero con discreción. Mientras conducía hacia Olivos me sentí obligado a contarle “con anestesia” los motivos del viaje. Como ya hizo otros para la Fundación no mostró mucha sorpresa. Para mis adentros pensaba: “qué suerte que no me trató de loco”. Pasaban los kilómetros y esquivando automóviles por la autopista Panamericana seguíamos hablando desde el arbolado público hasta los horco-quebrachos del Cerro Uritorco, donde él tiene una casita. Como siempre voy preparado, le dejé la última revista, justamente, con una nota sobre ese bosque (que -vaya casualidad- escribió Gustavo Aprile).

Pasadas las 10 hs, llegamos.

Al presentarnos, los uniformados de seguridad se miraban con complicidad. Habrán pensado “estos son los que vienen a rescatar el carancho”. Mientras estacionábamos se acercaron varias personas. Creo que era el evento del día. Conocí personalmente a Mariana y a Diego Arduino, el Jefe de Seguridad. Aparecieron dos miembros más: Raúl Sacone y Miguel Quinteros (quien sostiene la caja en la foto). Uno le confirmaba a otro donde estaba el “bicho”. Señaló un arbusto grande y denso. Mariana se agachó y me dijo: “sí, fijate, está quietito, pero se ven las patas”. Me acerqué despacio, espié por encima del follaje y tenía razón. El carancho me miró simultáneamente. Nos sorprendimos los dos. Me alejé para no asustarlo. Me calcé los guantes, tomé la lona donde hago picnic algunos fines de semana y la dejé caer sobre el ave. Como si intuyera mis intenciones se dejó capturar sin mayor resistencia. Lo ubiqué en una caja de cartón que me facilitó Miguel, porque la que llevé quedó chica (no era el pichón que imaginé).

Raúl me señaló una de las esquinas superiores del edificio: “mire, allá nos están vigilando”. Y no era un uniformado: era uno de los padres del carancho, atento a lo que sucedía.

Les tomé una foto de recuerdo y rápidamente volvimos hacia Buenos Aires. Esta vez, con rumbo a la Reserva Ecológica Costanera Sur, donde nos esperaban otros aliados.

A todo esto, Rodolfo (que se quedó esperando en el remis) ya había leído gran parte del artículo sobre los orco-quebrachos. En el viaje, retomamos nuestra charla, mientras llevábamos el paciente.

Reserva Costanera Sur, 11:15 hs.

Agradecido, despedí a Rodolfo. Ingreso a la Reserva por la entada de Viamonte para encontrarme con el Méd. Vet. Juan Carlos Sassarolli y su mano derecha, Marcelo Cavicchia, dos grandes valores. El día anterior, a última hora, les pedí ayuda y, por supuesto, no se negaron, pese a que trabajo no les falta. Más bien le sobra, porque –como me dijo Rodolfo, hablando sobre las buenas intenciones- muchas veces, los buenos cargan su mochila y las de los demás. Tiene razón y se ajusta muy bien a Juan Carlos y a Marcelo, que aceptan hacerse cargo de problemas que otros generan y como si ellos no tuvieran los propios...

Me recibe Marcelo. Abre la caja como si fuera un regalo de cumpleaños. Sabía que era un carancho, pero igual se mostraba curioso. Poco a poco, se encuentra con su nuevo paciente. Lo revisa mientras le tomo unas fotos.

Al parecer, las alas no están quebradas como podríamos haber supuesto. Lo ubicamos en uno de los recintos de rehabilitación y lo dejamos tranquilo.

Mientras conversamos, llegan dos jóvenes con una caja. Adentro, una cría de iguana overa. La habían comprado y, ahora, arrepentidos querían donarla para un mejor destino. Marcelo me mira y yo pienso ¡como si acá se hiciera magia! Con toda la paciencia de un santo, les explica que no duda de la buena intención de la compra, pero que fue un desacierto haberla hecho. Sencillamente, por-



que quien capturó ilegalmente un animal silvestre espera que alguien lo compre. Y si su negocio sigue siendo rentable va a ir por más.

Como un hospital (que no es)

Juan Carlos Sassarolli es una suerte de Albert Schweitzer de la fauna. Algo así como el buen samaritano de los bichos. El Premio Nóbel fundó un hospital en Lambaréné, África ecuatorial. Juan Carlos, algo parecido en la Reserva Ecológica. Algunos piensan que ese no es el lugar ideal, pero es el que él encontró. La precariedad de su instrumental, equipo e instalaciones contrasta con su sólida experiencia en sanidad de animales silvestres. Durante años fue "el veterinario" del zoológico de Buenos Aires, pero diferencias con un director poco feliz hicieron que fuera alejado del cargo. Lo echaron para hablar claro. Después de trabajar para varias instituciones (entre ellas, un banco) para sostenerse en un país que no suele apreciar a sus mejores ciudadanos, encontró una segunda oportunidad en la reserva. Y la aprovechó. Además, tuvo suerte. Encontró un director que valora su esfuerzo y un compañero que lo secunda con igual pasión y compromiso. Basta saber que pagan de su bolsillo muchas de las medicinas y comidas que requieren los animales, porque –para estas cosas-nunca hay suficiente presupuesto. Así es la Argentina que nos toca vivir hoy. No escribo esto para deprimir, sino para movilizar a los que pueden tomar decisiones y para demostrar qué importante es tener y alimentar las pasiones personales.

Una breve recorrida por esta suerte de hospital de campaña nos presentará una multitud de pacientes que encuentran aquí su única o última esperanza. Son animales sin suerte, que llegan abandonados, atropellados, donados o derivados, como fue nuestro carancho. Esperan al "Daktari" porteño una iguana overa enorme en recuperación, un perro mordido por una yarará (que sobrevivió gracias a un suero antiofídico vencido), una lechuza del campanario atropellada en la ruta, una gaviota de capucho café herida, otro carancho (con el ala rota), un loro barranquero en igual condición, una lechucita de las vizcacheras con la pata quebrada y una decena de tortugas de agua de varias especies que pasaron por manos de traficantes de fauna (y posteriores "dueños" que las terminaron abandonando o "donando").

Tras este repaso pienso una vez más que si en nuestro país siguen en pie causas nobles es porque hay personas con vocación y pasión. Esta suerte de "cadena de favores" (como la película) es la que hace que un carancho herido -tras caer de su nido- haya tenido protección de alguien que está lejos de ser un especialista en aves. Que más tarde otra persona insista telefónicamente en busca de auxilio y que otras -en una reserva urbana- traten de devolverlo a la naturaleza.

Lo puede deducir cualquiera: esto no salva de la extinción al carancho (que por suerte, no corre peligro), pero salva de la extinción ciertos valores humanos que no siempre gozan de buena salud en la sociedad en que vivimos y que, sí, ayudan a defender la naturaleza (incluso, la humana). Esto es lo que quería contarles mientras trabajamos a otra escala, más estratégica y menos "doméstica". Ambas son necesarias y complementarias. También, mientras esperamos disponer de un gran centro de rescate y rehabilitación para la fauna. A veces, hasta un pobre carancho malherido puede ayudar a salvarnos, aunque creamos que sea al revés.

Discúlpeme, el teléfono suena de nuevo.
Es Carolina...





